

4. LORCA Y LA SEGUNDA REPÚBLICA: 1931-1932

La batalla cultural

Lorca sabía que la batalla tal vez más importante que tendría que librar la República concernía a la enseñanza primaria y secundaria, dominadas desde hacía siglos por la Iglesia. Los hombres de la nueva España estaban decididos a acabar con aquel monopolio y a crear un sistema de instrucción pública capaz de hacer frente al enorme reto planteado por el retraso del país en este terreno. En 1931 el 32,4 % de una población de veinticinco millones era analfabeto, y los republicanos calculaban que habría que crear 27.150 escuelas nuevas. El gobierno provisional puso inmediatamente en marcha un plan quinquenal para tratar de cubrir esta necesidad. La meta era 7.000 escuelas durante el primer año y de 5.000 durante cada uno de los cuatro siguientes. Se alcanzaría el objetivo del primer año; en 1932 se abrirían 2.580 escuelas; y, en 1933, antes de que la derecha accediera al poder en noviembre, 3.990. Proeza gigantesca, toda vez que a lo largo de los treinta años de monarquía tan sólo se habían inaugurado 11.128.¹

No se trataba sólo de abrir escuelas. También había que mejorar el nivel intelectual de los maestros, muy mal pagados, y de manera especial la situación de los de primera enseñanza. Se elevaron en un 50 % los salarios y se crearon 5.000 nuevas plazas.²

El celo reformador de los republicanos no se limitaba, por supuesto, a la enseñanza. Entre las otras medidas introducidas, se legalizaría el divorcio, habría separación de Iglesia y Estado, se propulsaría la reforma agraria, se secularizarían los cementerios y los hospitales y se reduciría el número de órdenes religiosas. Lo malo era que la llegada de la República coincidía con una aguda crisis económica que dificultaba mucho las posibilidades de los nuevos gobernantes.³

La reacción de la Iglesia ante el talante progresista de

los republicanos fue hostil e inmediata. El 7 de mayo de 1931, apenas tres semanas después de la proclamación de la República, el cardenal Segura, arzobispo de Toledo y primado de España, atacó duramente en una carta pastoral las reformas propuestas, refiriéndose a la peligrosa amenaza que suponían éstas para los «derechos» de la Iglesia, e instando a las mujeres españolas a organizar una campaña de oraciones para contrarrestar tan delezna- bles designios. Recordó lo ocurrido en 1919 en Baviera, cuando intervinieran los católicos para «salvar» el país de una efímera ocupación bolchevique, dando a entender con ello que la recién inaugurada República era prácticamente comunista, lo cual era una ridícula tergiversación de la situación real. Era evidente que, al abogar por un Estado laico, los republicanos habían intranquilizado profundamente a la jerarquía católica, temerosa de perder sus privilegios.⁴

El 11 de mayo, cuatro días después del ataque del cardenal Segura, fueron quemados en Madrid seis conventos y un edificio de los jesuitas. No se supo nunca qué mano había empujado a los incendiarios, y no se puede descartar la intervención de agentes provocadores. En cualquier caso el resultado fue el mismo: la derecha disponía ya de un argumento de peso contra los republicanos, y pronto se endurecería la oposición católica al nuevo régimen. La situación se hizo mucho más tensa cuando, el 3 de junio, los obispos españoles publicaron una carta colectiva de protesta.⁵

Estos acontecimientos coincidieron con la publicación del *Poema del cante jondo*. Hubo numerosas reseñas, entre ellas una muy elogiosa de Eugenio Montes, para quien Lorca era un Heinrich Schliemann de la poesía que había conseguido penetrar hasta los más profundos sustratos de «la Andalucía eterna».⁶ Es probable que Lorca se sorprendiera ante la reacción del catalán Sebastià Gasch, con quien había perdido prácticamente el contacto después de su fructífera correspondencia de unos años antes. En 1928, como vimos, Gasch había expresado su honda admiración por «Santa Lucía y San Lázaro», que Lorca le había dedicado. Pero ahora se mostraba escéptico ante la veta «su-

«realista» del poeta. *Poema del cante jondo* le parecía representar la mejor etapa de Lorca, etapa «más intensa y más pungente que su producción actual, que se inicia bajo el signo de Salvador Dalí y que después de flirtar con un seudosurrealismo, más vanguardista que superrealista, acaba de culminar con sus poemas neoyorquinos y con el libro sobre el barrio negro de Harlem, de próxima aparición». Lorca debió de preguntarse qué le había pasado a su antiguo amigo. Lo que había ocurrido era que Gasch, a quien en el fondo nunca le había gustado el surrealismo, que consideraba inmoral, no podía ver ya a Salvador Dalí ni a nada, o nadie, que tuviera que ver con el pintor de Cadaqués.⁷

Así que pasen cinco años

El 28 de junio se celebran elecciones a las Cortes Constituyentes republicanas. El mismo día Enrique Díez-Caneado reseña *Poema del cante jondo* en *El Sol*, subrayando que es de 1921 y recalando a la vez la distancia que lo separa del libro de Manuel Machado, casi de título idéntico, y su deuda con Manuel de Falla.⁸

Cuatro días después una nota publicada en *Heraldo de Madrid* anuncia una lectura privada por el poeta de *El público*. Entre los asistentes estarán, según ella, el pintor Santiago Ontañón, el guitarrista Regino Sainz de la Maza, el periodista Miguel Pérez Ferrero y el dramaturgo Carlos Arniches. Sobre dicha lectura no tenemos más información, pero la nota demuestra que Lorca sigue con el propósito de que, si no se puede poner todavía la obra, por lo menos ciertas personas seleccionadas la vayan conociendo.⁹

En estos momentos está viviendo con el poeta, en el estudio de la calle de Ayala, su hermano Francisco, otra vez con oposiciones a cuestras. El 7 de julio su madre, enterada de que Federico ha tenido un percance con una pierna, escribe pidiendo urgentes noticias. Está harta, dice, de que estén separados, y ello sin que sus hijos tengan puestos fijos. Cree que lo están pasando mal (no hay indicación alguna de ello) y, además, existe el peligro de caer enfermos

sin nadie para cuidarlos. Siempre la misma angustia de la madre, la misma obsesión con ver a sus hijos con colocación vitalicia, el mismo temor ante posibles enfermedades y sabores. Se supone que ambos hijos la convencieron de que la pierna del poeta no estaba en peligro. Sea como fuera, a los pocos días Federico vuelve a Granada.¹⁰

Allí, en la Huerta de San Vicente, trabaja con la energía que siempre le caracteriza durante los meses caniculares y, el 19 de agosto, termina *Así que pasen cinco años*. Está «en cierto modo satisfecho» con lo conseguido, informa a Regino Sainz de la Maza. Además tiene medio hecha su obra en verso (no identificada) —empezada unos meses antes para Margarita Xirgu— y *Poemas para los muertos*, que considera lo más intenso que ha compuesto hasta la fecha. No se sabe qué composiciones iban a integrar dicha colección, nunca publicada, con la excepción de «Vals en las ramas», fechada 21 de agosto, que Lorca incluiría en la sección «Huida de Nueva York» de *Poeta en Nueva York*.¹¹ «He sido como una fuente —prosigue—. Día, tarde y noche escribiendo.»

En cuanto a la gestación de *Así que pasen cinco años*, o las intenciones de Lorca en la obra, apenas tenemos información. En una de las raras ocasiones en que se refiriera a éstas diría: «Es un misterio, dentro de las características de este género, un misterio sobre el tiempo, escrito en prosa y verso.»¹²

Según Lorca, la dilación en el amor es siempre un crimen contra la Naturaleza —quien se lo piensa lo pierde todo— como lo es enmascarar o reprimir los verdaderos sentimientos. Los ecos de los primeros poemas suyos, con sus alusiones obsesivas al amor perdido, se perciben a menudo en toda la obra posterior, pero quizá nunca con tanta insistencia como en esta «leyenda del tiempo» (como se subtitula). *Así que pasen cinco años*, donde se funden más armoniosamente que en ninguna obra dramática de Lorca lo tradicional y lo estrictamente contemporáneo, expresa con arte supremo la angustia lorquiana ante el futuro, la inevitabilidad de la muerte y la imposibilidad de conseguir la plenitud sexual.

De todos los personajes de Lorca, el Joven simboliza de

manera más patética las consecuencias del amor aplazado. El diálogo que se establece entre él y la Novia cuando vuelve de su viaje de cinco años es del mejor Lorca:

- NOVIA. ¿Y tú no eras más alto?
 JOVEN. No, no.
 NOVIA. ¿No tenías una sonrisa violenta que era como una garza sobre tu rostro?
 JOVEN. No.
 NOVIA. ¿Y tú no jugabas al rugby?
 JOVEN. Nunca.
 NOVIA. (*Con pasión.*) ¿Y no llevabas un caballo de las crines y matabas en un día tres mil faisanes?
 JOVEN. Jamás.
 NOVIA. Entonces... ¿A qué vienes a buscarme?¹³

La obra contiene otras numerosas alusiones a la impotencia sexual del Joven. Una de las más llamativas ocurre en el comentario que a éste le dirige el Maniquí, vestido del traje de bodas comprado por el Joven para la novia que acaba de perder para siempre:

*Mientes. Tú tienes la culpa.
 Pudiste ser para mí
 potro de plomo y espuma,
 el aire roto en el freno
 y el mar atado en la grupa.
 Pudiste ser un relincho
 y eres dormida laguna,
 con hojas secas y musgo
 donde este traje se pudra.*¹⁴

El Joven es, en realidad, un Viejo, y no es casual que le acompañe un personaje con este nombre, evidentemente su desdoblamiento. *Carpe diem!* No hay obra de Lorca donde el mensaje se transmita con tanta fuerza.

La sospecha de que el Joven es en parte reflejo del propio poeta la confirman los ecos en la obra de poemas muy personales compuestos una década antes. El angustioso diálogo que tiene lugar en el bosque entre el Joven y la Mecnógrafa (acto III, escena I), por ejemplo, se inspira en

el poema «Aire de nocturno», de 1919, cuyo tema, una vez más, es el del amor perdido o inasequible:

*¿Qué es eso que suena
Muy lejos?
Amor. El viento en las vidrieras,
¡amor mío!*¹⁵

En dicha escena, el Joven, que hacía cinco años, obsesionado con la Novia, rechazó a la Mecnógrafa (la mujer que necesitaba sin darse cuenta de ello), intenta convencer a ésta a que vuelva a aceptarlo. Demasiado tarde. Glosando «Aire de nocturno», los dos entonan el canto del amor imposible:

MECANÓGRAFA: *¿Qué es eso que suena muy lejos?*
EL JOVEN: *Amor,
el día que vuelve.
¡Amor mío!*¹⁶

Otras resonancias de obras anteriores refuerzan la identificación Lorca-Joven. Por ejemplo, la canción que el Amigo 2.º recuerda en el primer acto –y que, según él, oyó de labios de una «mujercilla del agua» vista en una gota de lluvia cuando era niño– pertenece a la «Suite del regreso», terminada el 6 de agosto de 1921:

*Yo vuelvo por mis alas,
dejadme volver.
Quiero morirme siendo amanecer,
quiero morirme siendo
ayer.
Yo vuelvo por mis alas,
dejadme volver.
Quiero morirme siendo manantial.
Quiero morirme fuera de la mar.*¹⁷

Cuando el Joven se niega a utilizar el término «novia» al dirigirse a su prometida, prefiriendo «niña» o «muchachita», y habla con la Mecnógrafa de parecida forma infan-

til,¹⁸ no sólo nos recuerda la «suite» citada (donde también se llama «niña» a la chica), sino otro poema de la misma época, «Momentos de canción» (10 de julio de 1921), en el cual el poeta evoca a la perdida «muchachita de la fuente», tal vez el mismo personaje.¹⁹ Tanto *Así que pasen cinco años* como esos poemas de diez años antes aluden a un escenario preadolescente, y nos hacen sospechar, otra vez, que Lorca está expresando a través del Joven su propio sentimiento de fracaso heterosexual.

Como complemento de la frustración que atormenta tanto al Joven como a la Mecnógrafa está la obsesión de ambos con la esterilidad, obsesión que apunta hacia *Yerma* (obra en la cual, como hemos visto, Lorca ya pensaba durante su visita a Cuba) y que, mirando hacia atrás, recuerda *Libro de poemas y Suites*. En cuanto a la constante ansiedad de Lorca ante la muerte, en ninguna de sus obras se acusa tanto como en ésta.

Después del esfuerzo que le ha costado *Así que pasen cinco años*, Lorca visita Fuente Vaqueros durante las fiestas de principios de septiembre. Tiene un motivo muy especial para hacerlo: inaugurar la biblioteca pública cuya creación había recomendado dos años antes. Por otra parte, en mayo, se ha rebautizado la calle de la Iglesia, donde vivió de niño, con el nombre de Federico García Lorca. Razones más que suficientes para acudir a La Fuente en estas fechas.

La inauguración se hace al aire libre. Después de elogiar efusivamente al pueblo, el poeta aborda el tema de los libros: su origen, su desarrollo y su importancia para la formación de los seres humanos. Es una alocución muy a tono con el fervor republicano que impera en estos momentos. Lorca manifiesta estar de acuerdo con Ramón Menéndez Pidal, quien acaba de declarar que la República debe significar, por encima de todo, cultura, y, sentando cátedra, explica a la concurrencia de vecinos e invitados, remitiéndose a Voltaire, que el mundo civilizado ha sido dominado por un puñado de grandes libros: la Biblia, el Corán, las obras de Confucio... Recalca la influencia de Jean-Jacques Rousseau y de la *Encyclopédie* sobre la Revolución Francesa, y lo que deben los movimientos actuales de izquierdas

a otro «gran libro», *El capital*, de Karl Marx. La verdadera sabiduría, según el poeta, estriba en el contraste de las ideas, por lo que espera que la biblioteca pública de Fuente Vaqueros sea ecléctica en sus adquisiciones. En ella deben tener cabida tanto los místicos como los revolucionarios: tanto san Juan de la Cruz como Tolstoi. Es preciso que en los estantes se codeen san Agustín, Nietzsche y Marx, puesto que todos estos escritores «están conformes en un punto de amor a la humanidad y elevación del espíritu y, al final, todos se confunden y abrazan en un ideal supremo».

Lorca termina dando a entender a sus oyentes que no sólo cree que la sociedad sin clases está a la vuelta de la esquina, sino que es una evolución que personalmente desea. Para que tal sociedad llegue a hacerse realidad, dice, es fundamental la cultura. Y la cultura, insiste, exige sacrificio y abnegación.

Aquella tarde a los vecinos de Fuente Vaqueros no les puede caber la más mínima duda: su poeta es firme partidario de la República y abriga opiniones marcadamente anticapitalistas. Lo que no pueden saber los presentes, empero, es que tales opiniones, antiguas en Lorca, se han hecho más fuertes durante su estancia en Nueva York, donde ha sido testigo del sufrimiento humano a una escala para él hasta entonces inimaginable. Como Fernando de los Ríos —nombrado hijo adoptivo de Fuente Vaqueros el 25 de abril de 1931—²⁰ Lorca ya cree, a manera de artículo de fe, que la República puede y debe significar la apertura de un nuevo y espléndido capítulo en la historia de España. El discurso que pronuncia en su pueblo natal demuestra que quiere participar en tan noble empresa. Y así será.²¹

La Barraca. Luis Cernuda

Son días de intenso entusiasmo democrático mientras las Cortes salidas de las urnas a finales de junio elaboran a marchas forzadas la Constitución de la República. El 8 de octubre, instalado otra vez en Madrid, Lorca acude a escuchar un discurso de Fernando de los Ríos —ahora, después

de su pulso con el régimen anterior, ministro de Justicia—sobre la espinosa cuestión religiosa. De los Ríos, dirigiéndose de forma explícita a los católicos presentes en el hemisiciclo, esboza la posición de la España liberal ante una Iglesia que, en su opinión, lleva más de quinientos años ahogando la vida del país. Recuerda los abusos de la Inquisición. «Somos los hijos de los erasmistas, somos los hijos espirituales de aquellos cuya conciencia disidente individual fue estrangulada durante siglos», declara. La Iglesia se ha dedicado a perseguir, a quemar, a mutilar; ha expulsado a los judíos; se ha unido a una monarquía opresora y a la banca; ha abogado por la represión de las libertades y de la heterodoxia; ha tergiversado las opiniones de sus adversarios. ¿Cómo puede esperar ahora que los españoles no vayan a afirmar su derecho a vivir como les plazca, a educar a sus hijos de la forma que quieran, a casarse y enterrarse por lo civil, si es lo que desean? De los Ríos no pide venganza, sólo reivindica justicia. La República no debe pagar a la Iglesia con la misma moneda de la intolerancia que ella ha utilizado siempre, pero sí debe mostrarse fuerte en la afirmación de sus derechos.

De los Ríos estaba a favor de una solución de compromiso que permitiera la construcción de una sociedad democrática sin acritud excesiva y, por supuesto, sin violencia. Pero no iba a ser posible. Los que se situaban a su izquierda estaban impacientes ante lo que veían como medidas tibias, y la derecha rechazaba de plano su análisis del papel de la Iglesia en la historia de España.

Si al finalizar su largo discurso el catedrático socialista recibió una calurosa ovación de los republicanos, la derecha no estuvo menos satisfecha con la intervención de José María Gil-Robles, joven y brillante abogado salmantino que, en su respuesta al ministro, expuso la posición conservadora ante la Iglesia y la República. El debate demostró que iba a ser muy difícil, por no decir imposible, que los españoles se pusiesen de acuerdo.²²

Para la ultraderecha española, visceralmente antisemita, Fernando de los Ríos era... judío. Mofándose del discurso de «Don Erasmo el Laico» unos días después, la revista satírica *Bromas y veras* comentaba: